

RICARDO BELLVESER

LO SIENTO, PERO
**NO EXISTE
EL PARAÍSO**



LO SIENTO, PERO
NO EXISTE EL PARAÍSO

Ricardo Bellveser

**LO SIENTO, PERO
NO EXISTE EL PARAÍSO**



CASA DE CARTÓN

© Ricardo Bellveser, 2012

© Editorial Casa de Cartón S. L., 2012

Editorial Casa de Cartón
editorial@casadcarton.es
www.casadcarton.es

Todos los derechos reservados.

Primera edición: Octubre 2012

ISBN: 978-84-940478-1-7

Depósito Legal: M-30416-2012

Printed in Spain

Ino Reproducciones S. A.

Y el gran lazo que la sostiene (a la sociedad) es, por una incomprensible contradicción, aquello mismo que parecería destinado a disolverla: es decir, el egoísmo.

M. J. LARRA

El hombre solitario es una bestia o es un Dios.

ARISTÓTELES

I

1

La larga y muy peligrosa travesía

Me llamo Óscar Caler y a mis 28 años no tengo nacionalidad, ni familia, ni domicilio, ni documentación, ni tarjetas de crédito. Alguna de estas cosas, familia, casa, nacionalidad, las tuve hace años, antes de venir a España y a Europa, aprovechando la oscuridad, tras un viaje de pesadilla que me arrojó a sus orillas a mí y a mi bolsa de deporte de la que no me separo por nada del mundo, como quien escupe un hueso o restos de comida. Llegué extenuado, aterido de frío y empapado. Caí de rodillas sobre la arena de una playa canaria iluminada por la luna de acero que proyectaba inciertas sombras alargadas, con la sensación de haber realizado una heroicidad, porque ya estaba allí, aquí, estaba en Europa. Todo lo demás quedaba en un punto de la memoria que lo mejor era empezar a olvidar.

En otro tiempo y lugar tuve padres y hermanos. Mi madre murió, entre aullidos, revolcándose de dolor sobre un jergón de paja, ante la mirada espantada de sus hijos que, excepto yo, aún eran unos niños a los que yo abrazaba en una esquina de la habitación, protegiéndolos, con las entrañas comidas por un mal que en los países ricos se cura en unos pocos días. Nada nuevo porque poblados cercanos al mío fueron aniquilados del niño al anciano, con bombas de gripe, de viruela o virus de probeta, solo porque estaban rodeados por bosques de valiosas maderas. Árboles hoy talados pero que no olvido, porque eran tan altos que subían hasta allá arriba y se cerraban en un techo ve-

getal por el que los días de lluvia y las noches de humedad, se colaban gotas que caían aplomadas hasta estrellarse contra el suelo. De niño jugaba a esquivarlas. Las veía bajar como si fueran frutas y había que ser muy rápido para evitarlas, aunque si la gota me alcanzaba en el rostro, me producía un placer inolvidable. A veces me vuelve el recuerdo cuando me echo unas palmadas de agua sobre la cara al lavarme o al despejarme. Agua fresca de lluvia que es bien diferente a la de los grifos de las ciudades.

Tuve la fortuna de ir a la escuela con maestros españoles, que nos enseñaron de todo, aprendí juegos, un idioma y algo muy importante: a observar cómo se desarrolla la vida. Todo lo dejé hipnotizado por los cuentos que repetían quienes habían salido antes que nosotros, habían ido a Europa y al regresar relataban historias de otras formas de vida en las que el sufrimiento no tenía un aspecto tan primitivo como el nuestro.

Me impresionó que me contaran que en España y en Europa la vida era tan cómoda y ajena a los problemas, que había médicos para los animales y la gente llevaba a sus perros y tortugas a hospitales de lujo, en los que habrían curado a mi madre en pocos días. Calles que andan solas aunque no caminos y escaleras en las que subes aunque te quedes quieto. Calles en las que hay máquinas en las paredes a las que, con ayuda de una tarjeta de plástico que se consigue con el primer sueldo, te da dinero, el que necesites, y el problema, qué paradoja, es aprender a pedir lo justo, sin excederte. Todo es cuestión de esas tarjetas, porque hay una para ir al médico, otra de identificación, otra para entrar en las casas, para ir al colegio... «Yo quiero eso», me dije, colegios, medicinas, casas y tranquilidad. Máquinas en las calles que dan dinero, qué cosa tan extraordinaria, qué avance. Cuando ya te has integrado, te dan tarjetas diferentes, para ir al hospital o a los comedores gratuitos, que también los hay, y muchos, verdaderos restaurantes con varios menús diarios y vino en todas las mesas, mucho mejores que los de la misión, con sus relucien-

tes cubiertos, agua mineral, servilletas, pan del día y comida abundante.

Pero eso del dinero no me lo podía quitar de la cabeza. Según me contaron, las máquinas están al alcance de cualquiera. Es muy frecuente ver a la gente que va acompañada de su lustroso perro, detenerse un instante, sacar dinero en plena calle y seguir su camino. Lo hacen sin temor a ser robados, sin esconderse, a la vista del gentío que ocupa las aceras y va de un lado a otro, que no le hacen caso de lo acostumbrados que están. Si se piensa bien ¿para qué iban a intentar robarles, si ellos pueden, en la calle siguiente, sacar de las máquinas de la pared, con sus tarjetas, lo que necesiten? Nos contaban estas cosas y nosotros las oíamos boquiabiertos. Yo no soy demasiado ingenuo, por eso necesito constatar las cosas, verlas con mis ojos, entenderlas bien. «¿Qué hago yo aquí, sino envejecer sin avanzar?», me decía a mí mismo. Si había otro mundo, si existía el paraíso, yo quería vivirlo. Si había un paraíso terrenal, yo debía entrar en él, ya. Quienes habían llegado de España, traían fotos de la isla de Tenerife, hojas arrancadas de catálogos de viaje, en las que se veían las playas salpicadas de hamacas donde tomaban el sol mujeres de una belleza sobrenatural, las cuales adoptaban posturas de diosas, inaccesibles, ajenas al mundo, con la mirada hacia no se sabe dónde, habitantes del paraíso, antesalas de la recompensa que nos aguarda en el Edén —palabra que, como después aprendí, quiere decir «delicia»—, y este debía de ser uno de los que nos aguardan, el primer jardín (Yannat) de la perfección de los siete paraísos. Playas de oro y vainilla, codiciadas por los turistas alemanes e ingleses que son los europeos más blancos y sonrientes. Las playas de Médano, las Teresitas, los Cristianos, la de Benijos o el acantilado de Los Gigantes, algo parecido al Edén en la Tierra. Decían que bañarse en el lago de Martiánez era un anticipo inolvidable del Último Jardín, e ir al valle de la Orotava o saludar al padre Teide, un premio, pues este volcán es lo primero que ven quienes llegan a la isla

por mar, por ello ha pasado de ser una montaña a convertirse en un faro que desde lo alto da la bienvenida al visitante que flota en las aguas del océano, mecido a su suerte, o quizá debería decir mecido a su muerte.

Fui a ver a mi padre para que me diera su bendición, le dije que me iba de allí porque habíamos equivocado el Sinaí, y me debía ir a donde la gente se muere de vieja y de harta, donde la vida es un valor y no una circunstancia. Me miró con sus ojos acuosos de unas lágrimas densas que se limpiaba a menudo con un pañuelo sucio, puso sus manos en mis mejillas, acercó mi cabeza hacia él, me besó en la frente con lentitud propia de la despedida, repitió el ritual varias veces, despacio, siguiendo una liturgia que procedía de muchas noches atrás y luego descendió sus manos hasta mis hombros con la indicación de que le aguardara allí. Se levantó y se fue. Al poco tiempo regresó con una bolsa de plástico en la que había puesto tierra de mi tierra, tierra de mi poblado, de mi país, de mi continente, tierra fértil y húmeda, rojiza de tan mineralizada. Colocó sobre ella sus manos hasta que se hundieron y dejaron marcas como huellas de animal.

—Esta es nuestra tierra —me dijo—, siempre que tengas dudas sobre lo que has de hacer, antes de decidir, consúltale a ella, porque ella conserva nuestras semillas, nuestras simientes, nuestras raíces. Debajo de ella están nuestros padres desde hace miles de años. Hunde tus manos en la tierra y deja que ella te guíe.

La metió en una bolsa de deporte que llevaba fuera, en blanco, el símbolo de *Nike* y me la ofreció:

—Lleva contigo esta bolsa y cuida de ella porque ella cuidará de ti. No la abandones nunca.

Me dio un beso en cada sien y se quedó mirándome sin verme, como si lo hiciera detrás de una catarata que le velara la visión. Sigue conmigo ese instante en el que mi padre se despidió de mí hasta que nos volvamos a ver, con mi madre, seguro de que eso sería así. Mi padre quedó en el poblado. Mientras yo caminaba hacia mi destino, él co-

gía puñados de tierra con las dos manos, y los tiraba hacia atrás por encima de sus hombros, al tiempo que entonaba una canción que era una oración. Me alejé con el convencimiento de que no volvería a verle vivo.

Me uní a un grupo de tipos que no conocía de nada —y cuyas lenguas no comprendía— e iniciamos un camino que nos debía conducir a España y a Europa, palabras ambas que no sabía lo que significaban, pero que yo había asociado a lugares de gente sonriente, a sitios en los que no existen los celos ni las envidias, donde todo el mundo es bienvenido, una meta plagada de premios para quienes consiguiéramos cruzarla, con comienzo en las playas de Tenerife, las mismas por las que los turistas pagan con sus tarjetas de plástico para poder disfrutarlas unos días. Me imaginaba a mí mismo exhausto, débil, demacrado por el esfuerzo, acercándome a España y a Europa, y allí a muchos europeos esperándome, jaleándome, dándome ánimos para que lo consiguiera, pues al atravesar entre aplausos la frontera, me darían de todo, una casa, un trabajo, una familia, tarjetas de plástico con mi nombre, porque había conseguido superar la prueba y era europeo como ellos o lo sería dentro de poco. Por fin tenía un lugar donde vivir sin miedo a que en cualquier momento llegaran las tribus en sus *Toyotas* y nos pegaran dos tiros para poder llevarse un reloj de pulsera. Por mi experiencia, ahora sé que para la mayoría de los que llegan a España las cosas no son así, para mí, sinceramente, un poco sí lo fue, un poco, al menos.

Llegamos a Tenerife por decenas y decenas y decenas, amontonados, sedientos, empapados, temblando de hipotermia, con ganas de llorar por el cansancio, convertidos en animales, con la piel llagada, los labios reventados, ropas y cuerpos sucios hasta dar aprensión, envejecidos, con las manos pringosas, oliendo a pez y a gasolina de motor, a ropa mojada, a suciedad, a excrementos. Éramos de diferentes lugares, la mayoría africanos, hablábamos lenguas impenetrables y dialectos monosilábicos, nos movíamos

guiados tan solo por el instinto y el implacable afán de supervivencia del inmigrante. Eso nos preguntaron luego, si éramos exiliados o inmigrantes. ¿Qué contestar? Nos aleccionaron sobre ello, pero yo pienso que los exiliados somos todos inmigrantes y los inmigrantes no tenemos más patria que el exilio. Ni somos de otro país que el de la emigración en el que no hay fronteras sino obstáculos, no hay documentos sino papeles, por esa razón nadie nos espera en ningún sitio, ni nos da un abrazo al llegar. Casi de inmediato nos convertimos en un sinapismo.

Me sigo resistiendo incluso al mero recuerdo de la aventura del viaje porque me produce escalofríos y si lo cuento ahora es porque, como lo hago por última vez, no quiero ahorrar ni un solo detalle.

Todo comenzó cuando se preparó un cayuco para ir a España y a Europa. Me dieron la información en voz baja como quien revela un gran secreto solo conocido por unos pocos elegidos, y me indicaron cómo ponerme en contacto con los que se hacían llamar «la organización», aunque en todas sus cosas, bolsas, chalecos e incluso en algunos papeles, aparecía un nombre como el que utilizan las organizaciones no gubernamentales, *Bridge of silver*.

Fue muy sencillo dar con ellos. Lo hice enseguida, como los podría haber encontrado cualquiera que deseara hacerlo. Me dijeron cuáles eran sus condiciones, y las acepté. Entre mi padre y mis hermanos reunimos lo suficiente en efectivo y el resto en una deuda que contrajimos y que avaló mi familia. A cambio me dieron un plano en el cual se señalaba dónde nos veríamos, qué día y a qué hora.

En la fecha acordada acudí a la cita. Era en un extraño lugar del interior, cercano a un poblado llamado Kwa, en un claro del bosque, donde según la tradición nació la lengua kwa, la más importante de una zona, en la que se hablan otras cuarenta y cinco lenguas y dialectos, por ello es muy difícil saber de dónde es cada uno solo por oírle hablar. Las más usadas son el ewe y el akan, aunque cualquiera que ha-

ble una lengua kwa, con un poco de esfuerzo, entiende las otras también y se puede pasar de una a otra sin que haya forma de saber a qué tribu pertenecen o cuál es su origen. Esto es algo muy útil cuando lo que se quiere es evitar que le puedan localizar. En África hay más de tres mil lenguas, entre las más usadas están el ewe y el akan, aunque cualquier hablante de kwa, como acabo de decir, las puede entender si es listo y se lo propone. Las personas aprenden a comunicarse de forma extraordinariamente eficaz si tienen verdadera necesidad de ello. Donde estábamos se habla, además, un poco de portugués, y el francés que conocen los senegaleses, los marroquíes, los guineanos y otros muchos pueblos, un endiablado inglés que solo les sirve a ellos para hablar entre ellos, porque no es el inglés del resto del mundo, y muchos saben español o palabras en español, porque hay muchas escuelas con profesores españoles que antes eran todos misioneros. Esto hace que puestos a salir sea hacia España hacia donde queramos ir, a las islas Canarias, y por ello aprender español es útil y se gana tiempo en las esperas de los preparativos de los viajes. El español crece en estos pueblos y se convierte en el lenguaje de la esperanza. Mi madre sabía muchas palabras en español que le enseñaron en la misión. Allí había comida para todos y nos hablaban de Dios, pero un día se fueron, no sé porqué, y lo dejaron todo a la mitad. Mi madre me habló de ellos, pero tras su muerte, mi padre no. Mi padre casi no hablaba. Mi padre era feliz con su silencio.

No acudí yo solo a la cita, sino que de entre los árboles fueron apareciendo más viajeros como lo harían los lobos llegada la noche, atraídos por una hoguera, con precaución y fiereza, con suavidad. Aguardamos casi una hora hasta que apareció una desvencijada camioneta a la que nos hicieron subir entre gritos y órdenes. La camioneta, con nosotros como única carga, inició el camino. Estuvo circulando casi toda la tarde y buena parte de la noche por sendas insensatas. Cruzamos un par de pequeños bosques y muchos kilómetros de desierto. Subimos y bajamos, nos

detuvimos junto a una granja y proseguimos por lugares poco frecuentados. Llegué a pensar que estaban dando vueltas con la idea de despistarnos, para que no supiéramos volver, para que no pudiéramos explicarle a nadie por dónde nos habían llevado. Sultos como bultos en la parte de atrás del vehículo, los veintitrés pasajeros nos observábamos para averiguar quién era cada uno, qué era lo que nos había llevado hasta allí. Todos eran negros, excepto yo. No diré que soy blanco, como tampoco que soy negro, sino, mezclado. No respondo al patrón del mestizo. Mi padre, sí. Su madre, mi abuela, fue negra y su padre, mi abuelo, al parecer, un francés moreno, de pelo negro y bigote espeso, que la violó cuantas veces quiso, como quien le hace un favor y le exige ser recompensado por ello. Un día se fue, escupiendo al suelo como hacen los franceses bravucones y desapareció para siempre.

Mi padre se casó con la hija de un indio que venía a veces a traer telas y collares, sartenes y ropa deportiva, chándales, zapatillas *Nike* o mallas de atletismo. Todo lo vendía o lo cambiaba por otras cosas que vendía no sé dónde. Al principio llegaba con dos mulas, pero desde hace unos años lo hace con un *jeep Hyundai*. Hechas sus gestiones, se evaporaba como las tormentas. Era un hombre corpulento, que se había casado tres veces, la segunda con una mujer a la que cambió a un negociante polinesio, por azúcar y una motocarro. Por eso no soy blanco, ni negro, ni cobrizo, sino mezclado, muy mezclado, en España dirían que soy un mil leches, así llaman a los perros callejeros que hace decenas de años que perdieron la raza.

Hay que saber que blancos-blancos solo lo son los arios, cuyas pieles parecen de nata y niebla y cuando sudan huelen a coliflor hervida. A partir de ahí se van oscureciendo en distintas tonalidades, hasta llegar al negro azulado de los etíopes que de noche brillan como el asfalto mojado. En medio hay un amplio pantoné de tonos y matices. La policía europea simplifica y solo diferencia a los caucásicos, de los asiáticos y los africanos. Con el resto no

sabe bien qué hacer. Para la policía española hay dos variedades más a las que llama «gitanos» y de «aspecto marroquí» o moros...

2

Bridge of silver

Desde el punto de vista de aquel grupo, se podría decir que yo era diferente. Si bien no era blanca mi piel, tiraba a miel oscura. Cuando me miro los brazos los veo color avellana, o mejor aún, del color de la castaña. Lo que sí tengo muy blancos son los globos de los ojos, lo que me hace parecer que siempre estoy despierto. Por eso, cuando me descubrieron, me miraron con recelo, dirigieron los ojos hacia el suelo y, de vez en cuando, me echaban una ojeada rápida porque quizá no sabían bien si yo iba con ellos o contra ellos o estaba con la «organización». Al cabo de varias horas llegamos a un pequeño muelle de pescadores, muy poca cosa, un embarcadero de cemento y mucha madera, donde nos hicieron descender. Nos esperaban doce tipos más, de piel negra, pelo rizado y labios gruesos, cargados con bolsas y mochilas de las que les obligaron a desprenderse. Yo logré conservar la mía, aunque varias veces intentaron quitármela. Mi padre no me habría perdonado que nuestra tierra se derramara, por ello la abracé contra mi pecho, como hacen las madres con sus hijos cuando están asustadas, y puse los codos por delante.

Que no sabían dónde iban ni qué les iba a pasar, lo desvelaban sus ropas, chaquetas deportivas, gorros de lana, zapatillas de deporte, ropa de abrigo e incluso alguno llevaba puesto un salvavidas, pero, sobre todo, vestían chándales, sudaderas y guantes, prendas incomprensibles

que debía proporcionarles el indio suegro de mi padre o quienes siguieran sus muchos negocios, a menos que vieran de bolsas de ayuda internacional que siempre acababan en manos de los traficantes.

Era de noche, aunque teníamos la sospecha de que no tardaría en amanecer. Un tipo de «la organización» nos avisó de que el viaje era muy duro, verdaderamente duro, tanto que cabía la posibilidad de que no llegáramos al final. Barcas que habían salido repletas de jóvenes entusiasmados, habían desaparecido por algún lugar del mar, engullidos por las ballenas y comidos por los peces. Nos dijeron que aquel era el momento de echarse atrás si alguno de nosotros no se sentía lo suficientemente motivado, fuerte o seguro para hacer el viaje, y luego nos dieron muchas instrucciones para cuando llegáramos.

No presté demasiada atención porque estaba pendiente de otras cosas, de lo que sucedía en mi entorno, de quiénes estábamos allí, de mi propia excitación que hacía que mi corazón latiera como piafan los caballos segundos antes de comenzar la carrera, además no estaba seguro de entender bien su dialecto, sin embargo no podía apartar de mí la sospecha de que todo lo que decían era importante. Me pareció que hablaban ewe o alguna lengua kwa, o todo a la vez, aunque no era la lengua natural de ninguno de ellos, las palabras salían de sus bocas untadas de un acento raro. No se puede decir que no entendía nada de lo que decían, porque no era así, sino que no comprendía algunas partes de sus explicaciones por más que las repetirían una y otra vez en cuatro lenguas. Se me quedaron grabadas algunas instrucciones útiles para el viaje, cómo debíamos sentarnos en el bote para aprovechar su equilibrio, flotabilidad y navegabilidad, qué hacer si entraba agua, cómo dosificar los alimentos y el agua dulce. Por encima de todo, memoricé las indicaciones para cuando llegáramos a Canarias, a España: resistir a las presiones de la policía y de sus ayudantes para no decirles de dónde veníamos, qué lenguas hablábamos y en qué país habíamos

nacido. En caso de tener que hablar deberíamos hacerlo siempre en lengua kwa.

—Tenéis que resistir u os devolverán aquí, drogados, para que calléis, atados con cuerdas como si fuerais *döner kebab*, y se quedarán con vuestros datos, vuestras huellas, vuestro ADN, que es lo mismo que decir que tendrán vuestra sangre, vuestro retrato, que saben quiénes son vuestros padres y vuestros hermanos, que lo saben todo, para que nunca intentéis repetir el querer entrar ilegalmente. Si llegáis a España debéis resistir cuarenta días pasados los cuales ya os quedáis para siempre, pero no han de tener ningún dato vuestro, ni quiénes sois, ni de dónde venís. Si no decís nada, os quedáis para siempre.

No hubo preguntas. Los espantados ojos hacían relucir su blanco como estrellas nocturnas. Los míos más. Miraban vacilantes su propio miedo. Aclararon además que la policía en España no pega, ni tortura, ni se deja sobornar, por lo tanto era mejor no intentarlo. En Canarias, alguien de *Bridge of silver* se pondría en contacto con nosotros para ayudarnos. Nos hicieron subir a la patera, vieja, sucia, podrida por algunas zonas, sobre cuyo suelo había varios bidones de gasolina para alimentar el motor fuera borda, sudado de grasa y gasolina, que no conseguía un sonido continuo, sino que runroneaba y, a veces, tosía. Era un motor *Yamaha*, muy famoso en África, que se podía comprar en cualquier mercado, zoco o almacén. En África es más fácil conseguir un fuera de borda *Yamaha* que agua mineral o comida y, desde luego, mucho más que medicinas. Los hay por cientos sin que nadie sepa a ciencia cierta quién se beneficia de este mercado de procedencia desconocida y venta segura. Al parecer no es prudente cuestionarse de dónde salen, qué red los hace llegar a las «organizaciones» que luego llevan inmigrantes a Canarias. La policía pasa frente a ellos sin mirar, porque sospecha que quizá provengan del mismo gobierno y se pueden meter en un lío si preguntan más de la cuenta. En África lo mejor es que cada uno vaya a lo suyo y evite a la policía.

¿En manos de quién íbamos? De un muchacho mulato, llamado Abbu Bari, a quien le habían enseñado a orientarse, a manejar una despintada brújula y un GPS con dos baterías. Nadie decía nada. En la barca se extendía un silencio preocupado, con la gravedad consciente de lo que estaba empezando. Nos repartieron siguiendo una estudiada estrategia para distribuir el peso y, por lo que pude entender, que fue poco —muy poco, porque cada vez se me hacía más irreconocible su lengua—, era muy importante que no abandonáramos nuestros sitios durante la travesía o podríamos acabar todos en la tripas del mar. Entramos lentamente, dudosos, por la penumbra de la noche y nos pusieron en el fondo del bote, en cuclillas en el suelo, de modo que la borda nos quedaba a la altura del cuello. El cayuco se iba hundiendo a medida que lo íbamos cargando y cuando hubimos entrado todos, el agua alcanzaba hasta un par de palmos del borde. Daba la sensación de que un poco más de peso habría bastado para que comenzara a entrar en el interior. Por fuera la barcaza estaba pintada con unos dibujos indígenas de color amarillo y rojo, que carecían de todo sentido.

Había unos pocos alimentos y unas cuantas botellas de agua. Bien mirado, bien pensado, aquella aventura era una locura. La barca apenas flotaba, el motor estaba acabado, el casco podrido y el agua de beber, escasísima a simple vista. Todo anunciaba un destino desgraciado. Un timonel diestro nos sacó de la ensenada y se dirigió hacia alta mar. Lo hizo con solvencia y profesionalidad y fue dando instrucciones a Abbu Bari que hacía extensibles a los que estaban más cerca de él, quizá porque desconfiaba de que se acordara de todo y un poco de ayuda le podría ser de gran utilidad. Nos dolían los estómagos de nervios y de susto.

A la hora aproximada de navegación, nos cruzamos con un barco pesquero al que el piloto acercó el cayuco y al situarse junto a él, dio un salto, se agarró de una escalera de cuerda que le habían echado y por ella subió a bordo.

Desde la borda, haciendo con las manos una bocina junto a la boca, dio unas pocas instrucciones más, que no venían sino a recordar consejos básicos. Abbu Bari se puso al timón y ordenó el GPS.

Cuando aquel tipo vio este gesto comenzó a gritar, fuera de sí. Por lo que pude comprender, debía utilizarse solo la brújula. El GPS, que apenas tenía batería para seis o siete horas, suponiendo que estuvieran cargadas y funcionaran, era para salir de situaciones de apuro, en un punto límite. Conectarlo en ese momento, con el continente a la vista, era un despilfarro del que después nos arrepentiríamos. Abbu Bari, hizo un gesto de conformidad y quedamos en medio del mar, en manos de un adolescente que se esforzaba por no olvidar nada de lo que le habían enseñado. Algunos me miraban con desprecio. Ya no había dudas de que iba con ellos y sentí sobre mí el peso del racismo. Tuve la seguridad de que si había algún problema, yo sería el primero en pagar sus consecuencias.

3

Hacia las tripas del (mal) sueño

Lo que siguió fue una pesadilla, ya he usado antes esta expresión, pero es la que le ajusta con mayor exactitud porque aún hoy no he logrado olvidar ese espanto. Navegamos durante días, con la cada vez mayor sensación de que íbamos a la deriva, acompañados por el monótono ruido del motor, mientras veíamos cómo se acababa la gasolina, cómo, en efecto, el agua dulce no daba para nada y los alimentos eran insuficientes. Días enteros en los que apenas hablamos. La vida a bordo se convirtió en algo irreal, algo así como una alucinación que producía el cansancio, el sol, la sal, el terrible frío y, lo peor de todo, el de estar permanentemente mojados; el olor a gasolina y las llagas que esta nos producía en piernas y brazos. Días sin lavarnos, sin movernos mucho porque allí no había sitio para nadie, en los que dormíamos sentados con la barbilla sobre el pecho o retorcidos para intentar cambiar de postura. Se estableció que se orinara únicamente de pie en la parte trasera, por popa, para que la brisa de la navegación se llevara el líquido, tras darnos cuenta de que si alguien intentaba hacerlo desde su sitio en cualquiera de los lados, el viento devolvía el orín al interior de la nave. Para defecar debíamos sacar el trasero por la borda y agarrados al interior, hacer los esfuerzos tirando los excrementos directamente al mar, porque el primer día estas necesidades las hacíamos encima, cosa muy fácil dada la postura que habíamos adoptado, o sobre un papel o una tela, que luego

lanzábamos al mar, pero siempre pringaban y resultaba repugnante para quienes estaban a su alrededor. Nos limpiábamos con agua salada que picaba en la piel como si fuera agua oxigenada y pronto empezó a llovernos el ano. Puede resultar extraño, pero tras muchos días, media semana, los del cayuco no nos conocíamos, no hicimos amistad, hablamos lo justo, solo en caso vital y siempre en lenguas kwa, el resto era un silencio funeral que disfrazaba la preocupación. Terminamos odiando oler nuestras propias pestilencias. El tiempo lo pasamos adormecidos, con la mirada perdida ente las olas, o jugueteando con el teléfono móvil pues la mayoría de nosotros llevaba uno.

Al cuarto día comenzó a cundir una inquietud cercana al miedo. Cuatro días en estas condiciones, sin poder movernos, bajo un sol tórrido y una brisa húmeda, destrozan los caracteres mejor templados. Algunos empezaron a hacer comentarios desanimados y a improvisar evaluaciones sobre el agua que quedaba o la gasolina que había en los depósitos. También se produjeron los primeros debilitamientos con síntomas de estar enfermando. En un espacio tan limitado no había forma de intentar acostarse para descansar, para levantar las piernas tras tantas horas de tenerlas dobladas. Acostarse en el suelo era imposible porque no había sitio, y de haberlo, no se podía superar los varios dedos de agua y gasolina en un líquido inmiscible y corrosivo para la piel. Por todo esto nos limitamos a darles algunas de nuestras prendas de vestir a los enfermos para que se abrigaran mejor. Al menos dos tenían fiebre a causa de lo cual temblaban con calambres y espasmos. Afortunadamente no llevábamos con nosotros a ningún niño ni a ninguna mujer embarazada.

Bari encendió el GPS, la luz de la pantalla iluminó su rostro como lo haría un flexo de luz azulada, y pudimos contemplar sus manipulaciones, sus intentos por ordenar los datos. Estuvo hurgando en él durante algo más de diez minutos, cuando la luz se apagó. La batería debía estar descargada o podrida. Bari la cambió por la otra y volvió a

encenderse la pantalla, que inmediatamente apagó con gesto de tener ya la información que buscaba. Esa noche decidimos detener el motor, para lo que hubo que vencer la negativa de Abbu Bari quien se oponía moviendo la cabeza. Pretendíamos que hubiera un poco de silencio que nos permitiera dormir, y también que se detuviera la marcha para que de esta forma menguara la brisa y el frío. Así lo hicimos y de pronto la noche fue mucho más noche, la oscuridad adquirió espesura plomiza y una desconocida densidad salobre y azulada. Creció el ruido del mar contra el casco, el movimiento del cayuco mecido por las olas y la evidencia de su fragilidad. Con esta decisión conseguimos el efecto contrario. Así no era posible dormir. Con el silencio aumentó la sensación de inseguridad, de vulnerabilidad, de que cualquier animal podía hacernos volcar, se instaló en nosotros un nerviosismo inquieto. Nos mirábamos en silencio mientras el blanco de los ojos formaba un grotesco tisú en alta mar sin que menguara el frío, lo que nos hizo que en pocas horas decidiéramos volver a poner en marcha el motor. Entonces comenzamos a medir las consecuencias de otro problema y el porqué Abbu Bari no quería que paráramos la máquina. En una primera serie de intentos no conseguimos arrancarla de nuevo. Los latigazos del cordón despertaban algo parecido a una tos animal.

Creció en nuestros estómagos una sensación muy parecida al vértigo de altura. Insistimos tirando el cordel de arranque, con tiros frenéticos, firmes y violentos que no tenían más respuesta que un tenue sonido redondo y breve. Por unos instantes dejamos descansar el motor y nuestros brazos, tras lo cual volvimos a intentarlo, hasta que después de varios eructos se puso en marcha de forma casi milagrosa. Abbu nos miró con una pequeña sonrisa de éxito y alivio, incluso uno de ellos no pudo evitar un aplauso algo infantil. Bari apretó el botón *Power* del GPS que se iluminó al instante. Lo consultó y con gran resolución señaló hacia un lugar incomprensible del hori-

zonte, un lugar como cualquier otro de los que nos rodeaban, pero he de aceptar que supo transmitir la convicción de que sabía a dónde íbamos, de que en ningún caso estábamos perdidos en esta parte del mar. El quinto día amaneció con muchas nubes y con ellas la sospecha de que el tiempo podría estropearse aún más. Nubes cargadas de agua y olas que fueron en aumento poniendo en evidencia la fragilidad de la embarcación. Llovió un poco, aunque lo cierto es que las gotas de las nubes se confundieron con las que llegaban desde el mar levantadas por el viento y las olas al chocar contra el casco del bote. La locura de este viaje se evidenció en esas horas. ¿Cómo pudimos entregar nuestras vidas a esta patera, en una travesía de tantos días, cargada hasta los topes y sin patrón con experiencia para guiarnos? Cuando embarcamos, ninguno de nosotros preguntó quién iba a dirigir la barca, no nos interesó saber quién iba a ser el guía ni qué experiencia tenía para una navegación de esta envergadura. Lo lógico era que nadie solvente quisiera venir con nosotros, porque en el mejor de los casos, en el de que llegáramos a puerto, ¿qué iba a hacer el patrón?, ¿volverse? A Abbu y a otro muchacho les habían enseñado las cuatro reglas, pero en ellas no estaba el resolver ninguno de los problemas que se podrían plantear, y si un golpe de mar arrojaba el GPS al agua, solo nos quedaría confiar en la divinidad.

En estas condiciones, localizar unas islas en pleno mar era una aventura imposible. Cuando la organización *Bridge of silver* nos mostró en el plano dónde estaban las Canarias, parecía que quedaban a un rato de navegación, o a nada, casi podría decirse que íbamos a llegar sin dejar de avistar la costa por un lado y otro, de tal manera que cuando dejáramos de ver la de África ya estaríamos viendo la de Canarias. Pero no fue así. Llevábamos cinco días sin el menor atisbo de tierra y sin la presencia de ningún animal que nos hiciera pensar que podíamos estar cerca de ella.

El tiempo se fue cerrando, las olas crecieron y se hicieron más gruesas, más descomunales. Un marinero habría

sabido que no estábamos aún ante ninguna tormenta, sino tan solo unos momentos de mar de fondo, pero nosotros desconocíamos el comportamiento del mar y todo nos parecía desmedido. No sabíamos qué hacer porque la barca se mecía de tal modo que aún no queriendo, las náuseas revolvían nuestros estómagos y nos hacían vomitar. Yo no vomito fácilmente, pero en esta ocasión fue inevitable. Los primeros golpes del casco contra el agua me hicieron subir hasta la garganta un reflujo ácido, pero es que además se fue desequilibrando el cayuco y cuando se levantaba de proa, los que estábamos allí dentro, nos caíamos los unos sobre los otros arrastrados hasta popa por nuestro propio peso, y con nosotros los pocos bultos que llevábamos.

Cuando intentábamos regresar a nuestros sitios, otro balanceo nos volvía a agrupar aplastando los cuerpos amontonados. Nos había avisado la «organización» de que era muy importante que no abandonáramos el lugar que nos habían asignado, porque de lo contrario cambiaríamos el punto de gravedad y lo más seguro es que acabáramos en el fondo del mar. A la preocupación y al miedo se añadió entonces la inquietud por superar una nueva ola sin que la barca zozobrara, nuestra atención estaba fijada en cada vaivén, en subir y tras ello la caída plana sobre el agua con un escalofriante chasquido que amenazaba con partirnos en dos.

Creo que la mayor parte no sabía nadar y de zozobrar morirían allí mismo, tampoco llevábamos salvavidas, ni ropa adecuada para una adversidad de ese tipo. No era una tormenta, ya lo he dicho, tan solo un poco de mar de fondo, pero aun así la cosa tenía mal aspecto. Casi todos, decía, comenzamos a vomitar, no se sabía bien qué, pues desde hacía día y medio apenas habíamos podido comer nada. Vomitamos en el interior de la barca y sobre nosotros porque el viento se encargó de repartir la amarga pasta a la altura de nuestras caras. Los latidos de mi corazón eran tan fuertes que parecían puñetazos sobre el pecho, llegué a pensar que íbamos a morir.

Lo más razonable hubiera sido que nos hubiéramos serenado unos momentos para poner las cosas en orden, para realizar una lectura meticulosa del GPS, para contabilizar cuánta gasolina, agua y alimentos nos quedaba y para hacer un análisis realista de la situación. Pero la diferencia de lenguas era tan grande que resultaba imposible hasta la más elemental comunicación, excepto cuando hablábamos lengua kwa. Pero es que ahora, los nervios habían dado al traste con cualquier consideración y todos hablaban de forma espontánea, su lengua natural. Por la idea que yo me había hecho de la situación, casi todos hablaban lenguas niger-congoleñas, reconocí algunas del bantú, como el herero o el tonga, y también me pareció escuchar algo parecido al kru o un dialecto mezcla de ambas. Cuatro hablaban bantú, entre ellos Bari, otros cuatro, o quizá cinco —no lo sabía porque muchos eran extremadamente reservados, y no les oí decir ninguna palabra—, baule al modo de Costa de Marfil, y el resto varios dialectos, el twi y el bariba. Nadie cometió el desliz de hablar francés o español, o incluso alguna otra lengua con la que pudiera compartir información. Llevaban la lección bien aprendida. Cualquier intento, pues, de orden tropezaba con este insalvable obstáculo. Aun así, Abbu Bari que era el más resuelto, dejó el timón en manos de otro muchacho y comenzó a repasar los bidones. Las latas y depósitos, a medida que se iban quedando vacíos, habían sido arrojados por la borda, por lo que de una sola ojeada se veía que solo quedaba medio bidón de gasolina, dos botellas de agua y ningún alimento. Los víveres, principalmente frutas, flotaban entre nosotros junto a restos de petróleo y suciedad por el agua del suelo de la barca. Desde hacía dos días achicábamos permanentemente, pero debía haber una vía en aumento pues cada vez entraba más cantidad y más de prisa.

Así estuvimos, técnicamente a la deriva, hasta que llegó la salvación. Sucedió por casualidad, cuando apenas lo esperábamos ya, sin que nos diéramos cuenta. Había-

mos puesto los últimos litros de gasolina en el motor y seguíamos adelante con la obstinación de quienes no tienen alternativa, cuando uno de los enfermos que iban en el centro de la patera, comenzó a señalar con el dedo hacia un punto. Volvimos hacia allí la vista y comprendimos que habíamos sido localizados por un barco, y tras él, muy a lo lejos, se erigía el padre Teide, el volcán que nos saludaba desde la distancia con sus tripas calientes y deseosas de brotar.

Era el pesquero español *Virgen de Gracia*. Cuando Abbu Bari se cercioró de que habíamos sido avistados, cogió el GPS y lo lanzó al mar. Tiempo después supe que lo había hecho para que la policía española no pudiera saber la ruta que habíamos seguido, el camino recorrido ni el lugar desde donde habíamos partido. Estábamos a treinta y dos millas al sur de la isla de Tenerife.

En contra de lo que creíamos que iba a suceder, el pesquero mantuvo la distancia y no hizo intento alguno de aproximarse. Nos observó desde lo lejos, sin responder a nuestros gritos, o nuestros avisos con los brazos, de modo que pasó un tiempo inacabable en el que ni sabíamos ni comprendíamos qué era lo que podía suceder. De pronto apareció en el cielo un helicóptero, vino volando desde el horizonte, acompañado por un ruido de motores que pasó de insinuación a sonido de tambores y de ahí a algo ensordecedor. El helicóptero se fue acercando a nosotros, mientras las hélices producían sobre el mar una pequeña tempestad de olas, niebla, lluvia y vendaval. El aparato nos sobrevoló a muy poca distancia, lo que desestabilizó nuestra embarcación. Estaba tan cerca que se leía con claridad, sin esfuerzo alguno, el rótulo *Helimer Canarias*. Dio vueltas sobre nuestra posición como una libélula sobrevuela un charco y de pronto se alejó, se perdió de nuevo por el horizonte, por el mismo punto por el que había venido convertido en un insecto volador y después en un punto. A lo lejos tampoco estaba el pesquero que según creímos nos había descubierto.

De nuevo nos miramos con perplejidad. Sobre el mar había regresado la calma. El helicóptero se había perdido hacia la lejana isla, el barco quizá era un punto que algunos creían ver. ¿Y ahora qué? Abbu sujetó el timón y enfiló hacia la isla del Teide que a veces se veía, a veces se imaginaba. Noté de pronto, cómo algunos empezaron a removerse nerviosos y a señalar hacia un lugar en el cielo. A lo lejos, un punto comenzó a crecer y en segundos se vio que era un avión de hélices que se fue aproximando, hasta que nos pasó por encima, tras lo cual hizo una pirueta en el aire y regresó sobre el cayuco, también en un vuelo tan bajo que creí leer en proa la palabra *Serviola*. Hizo varias pasadas y se fue, con lo que el silencio regresó a este trozo de mar y el tiempo quedó como congelado.

Abbu decidió no arrancar, quizá al creer que era mejor no cambiar de sitio y favorecer el ser localizado por quienes vinieran a rescatarnos, si es que iba a venir alguien... Oteamos en todas direcciones, por el mar y por el aire, sin ver nada, por eso decidimos volver a ponernos en marcha hacia la isla. En realidad con ello lo único que hicimos fue salir al encuentro del remolcador *Nizar* que venía hacia nosotros. Esta vez no era un helicóptero o un aeroplano, sino una barca que se acercaba perpendicular a nuestra embarcación. Abbu levantó el motor con gesto de esperar. El remolcador se aproximó con todas las precauciones. De lejos nos hizo señales y nos dio instrucciones para que mantuviéramos levantado el motor y no intentáramos movernos ni perder la calma y ya nos darían órdenes para el desembarco. Nos preguntaron en español cómo estábamos y de dónde éramos. Algunos explicaron que llevábamos enfermos y que apenas teníamos gasolina y agua. Nos echaron un cabo sin permitirnos subir a bordo. Realizaron un intento de remolcarnos, pero el resultado falló, la mala mar, las condiciones del cayuco, el exceso de tripulación, incluso el temor a que lleváramos enfermos contagiosos, les hizo desistir. Esperamos un par de horas más, aunque junto al *Nizar*, lo cual nos inspiraba

confianza. Hizo unos intentos de remolcarnos, nos volvieron a echar un cabo, nos sujetaron a un costado y finalmente se separó, sin que comprendiéramos bien apenas nada de lo que había sucedido.

Pasado un tiempo, llegó una lancha de salvamento marítimo español y un helicóptero. Su aparición fue impresionante. Ambos a la vez, el uno sobre el otro, rompiendo la superficie del mar y con los gruñidos de los motores superpuestos. Este sí que era el fin de la aventura, pero esa constatación en vez de tranquilizarnos, nos produjo una preocupación mayor, pues ahora empezaba la verdadera aventura. De ello daba buena cuenta la situación en alta mar, los helicópteros, aviones y barcos desde los cuales nos habían tomado fotos y vídeos mientras las hélices de las naves creaban torbellinos sobre el agua.

Salvamento Marítimo también quiso remolcarnos pero al igual que el *Nizar* desistió, y comenzó la maniobra de hacernos subir a la lancha. Nos indicaron quién debía levantarse en cada momento y quiénes deberíamos seguir sentados. Se evacuó a los enfermos que tuvieron que ser subidos en vilo entre varios, hasta que todos estuvimos a bordo. Fueron reconocidos de urgencia por un médico, quien al comprobar que su estado no era grave le hizo una señal al helicóptero y este se fue por en cima del mar, como un ave prehistórica. El cayuco fue arrastrado a popa. Aún quedaban varias horas de navegación hasta tierra firme. Nuestra embarcación se movía a popa como un pañuelo, mecida por el oleaje y sujeta por un cabo. Ahora se veía mejor su fragilidad y resultaba impensable que hubiera podido realizar el recorrido que había hecho con tanto peso. Yo les dije que hablaba algo de español, por lo que quisieron utilizarme como intérprete, pero no servía, yo no hablaba ninguna de las lenguas allí usadas. Me avisaron de que luego tendría que hacer una declaración para el informe de la policía.

Cerca de tierra, me pidieron que volviera al cayuco y que lo llevara hasta la playa. Me ayudaron a ponerlo en

marcha y Bari se quedó conmigo. La barca de Salvamento Marítimo se fue hacia el puerto que estaba muy cerca de la playa, a babor, a la izquierda según nos acercábamos, mientras que la playa quedaba a estribor. Hacia allí dirigimos la patera. De pie sobre la arena, nos esperaban varios agentes de la guardia civil y otros tipos con chalecos blancos, algunos con una gran cruz roja dibujada sobre el pecho, que nos hacían señas con los brazos en alto.

Me latía el corazón con tanta fuerza que me hacía daño. Tenía ante mí las costas de Europa, había llegado al lugar prometido, quedaba atrás una parte de mi vida ya caducada y empezaba otra improbable. La barcaza se dejó empujar por las olas de la playa que primero la elevaron y luego la lanzaron a la orilla, algo de lado, sin control. Bari y yo saltamos al agua cuando ya hacíamos pie, para llevar el cayuco hasta tierra firme. Cuando llegué, cogí mi bolsa de deporte, solté la barca y caí de rodillas en la arena. Me sentía feliz como un conquistador. La luna proyectaba ante mí mi propia sombra, lo que me daba un aspecto misterioso. Cuán dulces son las playas del paraíso, pensé.

Descubrí entonces que en la parte superior de la playa, que hacía pendiente hasta el agua, había decenas de turistas con cámaras de fotos y móviles tomando recuerdos. La policía había puesto una cinta de plástico que les impedía pasar pero desde ella, buscaban testimonios de esta llegada. Parecían algo defraudados, un cayuco, con solo dos personas y de ellas solo una negra, y lo bastante sanas como para no necesitar atención de urgencia, no era lo que esperaban. Aun así se llevaban su *souvenir* de Canarias para enseñarlo de vuelta a casa.

RESCATADOS 36 INMIGRANTES EN UNA PATERA HACIA TENERIFE

Salvamento Marítimo rescató la noche del lunes a los 36 ocupantes de una patera, entre los que no había ningún menor de edad, ni ninguna mujer, que navegaba hacia la isla de Tenerife. Un barco pesquero, el Virgen de la Vega que se cruzó con la barquilla dio el aviso a las autoridades españolas, que activaron el helicóptero Helimer Canarias, que acudió al punto indicado y la localizó desde el aire.

La falta de combustible hizo que el helicóptero tuviera

que ser sustituido por el avión de Salvamento *Serviola I*, que vigiló la patera —que se encontraba a 30 millas de la costa—, hasta que llegó el remolcador Nizar, con base en Gran Tarajal.

En torno a las 11:30 de la noche, la embarcación de Salvamento llegó hasta la patera e izó a bordo a los inmigrantes, todos subsaharianos y en aparente buen estado.

II

1

Miguel Helbo

La primera vez que me enfrenté de forma profesional a una tubería de agua, con agua, esto es, con presión de agua en su interior, lo hice con tanta torpeza que al manipular una de las tuercas que goteaba como una nariz constipada, salió un chorro que pasó de un abanico a un surtidor de manguera, con tanta mala leche que me golpeó en la cara y me cegó, me emborrónó los ojos, creó una pared frente a mí que me dejó atónito, lo que se sumó al efecto de la sorpresa, al susto y al desconcierto. Apreté con las manos la tuerca, pero no conseguí apagar el escape, los dedos resbalaban sin lograr detener tanto caudal. ¿Qué hacer? No pensé, como sería lo lógico, en dejar aquel géiser manando e irme a buscar la llave de paso y cerrarla, entre otras razones porque no sabía dónde podría estar, ni, la verdad sea dicha, en ese momento se me ocurrió nada de nada. El agua a presión me aturdiría hasta impedirme pensar. Es una experiencia que no he podido olvidar.

Allí estaba yo, intentando detener la calamidad y la calamidad produciéndose. De esto hace mucho tiempo, hoy a mí no me pasaría algo así, pero lo he querido contar para que no parezca que desde siempre he sido lo habilitado que soy ahora que me considero y me consideran un profesional cojonudo.

Mi nombre es Miguel Helbo, he trabajado de cuanto me ha sido posible. No estudié mucho tiempo, ni falta que me hacía porque siempre he sido muy habilitado con las

manos y los mañosos tendemos a abandonar los estudios pronto, porque pronto le cogemos el truco a no hacerlo. Si cuando se es muy joven, uno descubre que sabe conducir un vehículo como debe ser, o sabe hacer chapuzas o reparaciones eléctricas, o de carpintería, o servir copas tras una barra de bar y que por esas cosas te pagan, los estudios se pueden ir a tomar el fresco: es muy difícil que te quiten la sensación de que con ellos estás perdiendo tiempo y pasta. Tener dinero en el bolsillo a cambio de realizar tareas entretenidas es peligroso, es muy tentador, pero un mal negocio. Eso lo sé ahora, un poco tarde, aunque no me quejo. Me buscaban. Me hacían encargos y yo iba tirando libre de otros compromisos.

Yo soy fontanero autodidacta. Lo que sé, lo tuve que aprender por deducción, y eso es complicado. Estaba contando cómo tras intentar apretar una tuerca, porque me parecía que la tubería estaba húmeda y la humedad es síntoma de que hay una pérdida a la que sigue el goteo, había comenzado a salir a raudales agua a presión, principio de una inundación. Me daba el agua en la cara, sobre el pecho, me chorreaba por los brazos hasta los codos y seguía, no sé cómo, hacia las axilas y por los lados hasta las piernas. Busqué con la mirada algo, porque eso sí, siempre he sido ingenioso, hasta que encontré una toalla con la que vendé la tubería a esa altura. El agua seguía saliendo, eso es así, pero la calamidad estaba focalizada en esa área lo que me daba unos minutos para pensar. Ahora el agua solo se deslizaba por la pared hacia el suelo.

Me ha costado mucho quitarme ese complejo. Durante mucho tiempo me ha acompañado el temor de hacer un gesto o un movimiento sin apenas importancia y que con él se desate el desastre. Casi siempre es así: las mayores catástrofes vienen provocadas por hechos insignificantes por lo que hay que aprender a usar la cabeza, a pensar antes de hacer las cosas. Es tan así que me metí en un lío por pasarme de listo, que es el otro riesgo, el pasarte por el otro lado.

Desde que abandoné los estudios, o los estudios me abandonaron a mí, o ellos y yo llegamos al acuerdo de no darnos más la lata, de forma que el mundo de los estudiantes se fue por un lado y yo por el otro, he realizado muchos trabajos, porque he sido recadero, he sido camarero, hice chapuzas de albañilería y acabé en la fontanería y la electricidad. He dicho que he sido camarero, no que «he servido copas». Esto último lo hacen los estudiantes y los niños pijos cuando quieren conseguir unas propinas por hacer como que trabajan, porque en el fondo no saben lo que es trabajar hasta que no les mandan con mala cara, les empiezan a estropear los fines de semana y se dan cuenta de que ya está bien de estar bien. Yo hablo de ir de un lado a otro con una bandeja, sirviendo bebidas y comidas, harto de reproches y de llamadas con el brazo en alto para reclamar un café. Hablo de acabar reventado, con los pies como si fueran una bolsa de caquis y dolor de tríceps.

Cuando trabajé para la construcción de edificios me di cuenta de que fontaneros y electricistas eran los que ganaban más pasta, y además siempre curraban, porque por muchos que haya nunca hay bastantes para las necesidades que se dan. Los mejor pagados son los fontaneros y los electricistas, pero el trabajo de estos, de los electricistas, digo, es más complicado, necesita una formación mayor. Yo lo que sé lo aprendí de un tipo con quien estuve dos años. Era un maestro, lo hacía todo de puta madre, tanto que parecía que lo suyo era muy fácil de hacer, engaño que se esfumaba cuando lo intentabas hacer tú. Algo normal en los que saben hacer las cosas es que las hacen fácilmente, tanto que uno cree que no tiene mucho mérito. En el circo, los equilibristas, los funambulistas, los trapeceistas, de vez en cuando cometen fallos adrede para que el público perciba la dificultad, el espectador entonces grita ¡uuuyyy!, al darse cuenta del riesgo amagado.

Me iba bien, me hacía de valer y la gente me apreciaba. ¿Cómo se truncó eso? Mucho antes de la crisis, con los inmigrantes. De la noche a la mañana empezaron a

llegar rumanos, búlgaros, rusos, croatas, también hispanos, bolivianos, colombianos, ecuatorianos y muchísimos africanos. Empezaron a llegar por miles sin que se viera la forma de pararlos, aparecieron por cualquier lado ofreciéndose a hacer lo que sea por el precio que fuera, reventando el mercado que ya estaba hecho una mierda antes. Con ellos vinieron muchos albañiles y fontaneros. Sobre todo albañiles, esa es la verdad, pero también de lo otro. Con ellos, el valor de lo que yo sabía hacer empezó a irse al suelo. Cualquiera hacía lo mismo por la mitad y sin protestar, con una docilidad que los sindicatos habían hecho olvidar, sin horario, sin exigencias, y algunos hasta lo hacían bien, aunque esto último importa menos porque ponen a un albañil o a un fontanero, o a un carpintero bueno de cojones al frente y los demás le ayudan, le acompañan, hacen que las cosas salgan bien en una producción rápida.

Los inmigrantes nos hicieron retroceder cincuenta años, al menos eso creo yo desde la experiencia. Todo cuanto habíamos progresado los trabajadores, los derechos sociales y sindicales, desaparecieron. Vinieron a trabajar y no hicieron distinciones a si era de día o de noche, a si se les pagaba bien o mal y contra eso no se podía competir. Yo lo comprendo y si fuera jefe habría hecho lo mismo, no dicen ni mu, curran mil horas, se callan, no están en ningún sindicato y encima sonrían agradecidos porque están encantados de llevarse la pasta que se llevan. Sin guantes, sin gafas, sin ropa adecuada, sin rechistar realizaban las tareas más penosas, y cuando nos dimos cuenta de eso, les tiramos encima lo más incómodo, incluso les pusimos a cuidar a nuestros padres. Sí, sí, sí, nuestros ancianos quedaron en sus manos, nuestros mayores fueron conducidos por este arco iris, lavados, guiados, escuchados, peinados y vestidos por aquellos venidos desde miles de kilómetros, de otros continentes, montados en sus acentos y sus costumbres, en su gastronomía y unos valores que no siempre comprendimos. Con ellos regresó la cultura

del sacrificio, unos años antes, repito, de la crisis de la primera década del siglo XXI, una centuria que comenzó hecha una mierda.

No es que me caliente fácilmente, que no es así, es que ellos están en el fondo de mi fracaso. Cuando quise independizarme como fontanero para la construcción, los inmigrantes ya lo habían tomado todo. Claro que podría haberme instalado por mi cuenta, abierto en un bajo una oficina de fontanería y comenzado a hacer chapuzas, pero eso es más complicado de lo que puede parecer a primera vista, hace falta dinero para empezar y poder dar los anticipos para la planta baja, comprar el equipo necesario de soplete y herramientas, hacer tarjetas, y lo peor de todo que era conseguir los permisos, las licencias de autónomo, y en fin un verdadero laberinto de papeles y funcionarios arrogantes que se creen que tú tienes que saberte de memoria todos esos líos hechos para poner las cosas difíciles y si no se domina, agobia hasta el desánimo. De haber seguido con mi maestro lo habría conseguido, lo que sucede es que empezó a prescindir de mí y a ocupar a inmigrantes que ya sabían un poco de estas cosas.

Le pregunté por qué ya no contaba conmigo o lo hacía cada vez menos y con toda la cara me contestó que yo le salía muy caro.

—¿Que yo te salgo caro?, pero, coño, ¿qué me estás diciendo?

—Es la ley de los negocios, hijo. Se ahorra donde se puede y con ellos, con los emigrantes, tengo mejor servicio y servicio permanente, a todas las horas del día, todos los días de la semana, y además no lo hacen nada mal. Si quieres que te diga la verdad, lo hacen mejor que tú.

—¿Mejor que yo? No me diga eso, jefe...

—Mejor que tú. Acuérdate que cuando empezaste a trabajar conmigo, te tuve que sacar las castañas del fuego, porque por un escape de nada, armaste aquel lío de la tubería del agua. No sabías ni que lo primero que hay que hacer es cortar el agua y siempre llevar contigo las herra-

mientas de trabajo. Si no llego a estar por allí no sé qué habría pasado, pero estaba porque yo me preocupo de las cosas. Todo lo que sabes te lo he enseñado yo, y ya es hora de que te busques la vida a tu manera.

—¿Y qué va a ser de mí?

—Tendrás que buscarte otra cosa, hijo. Por todos lados hay carteles en los que se pide mano de obra con experiencia, pero date prisa porque hay tanto parado que dentro de poco no te contratará nadie ni para limpiarte tus propias pelotas. Yo, mientras, cada vez que te necesite te llamaré, serás el primero con quien cuente, no lo dudes.

Estos mamones de los inmigrantes terminarán por acapararlo todo, por ello tuve que aceptar trabajos que no estaban a mi altura, me tuve que humillar para no quedarme sin comer. Esto es asombroso, los inmigrantes copan las ayudas, los puestos de trabajo, entran antes en las cuadrillas porque son dóciles y soportan cualquier cosa, y nosotros, los de aquí, los nacidos aquí nos vemos sin oportunidades. Las cosas no se están haciendo bien y un día traerán problemas cuando la gente que no encuentra empleo, se harte de lo que está pasando y de los líos políticos, yo ya lo avisé hace tiempo y al final voy a tener razón, como casi siempre. Y esto no es lo peor, porque yo estoy casado con mi Consuelo que me echa una mano y tengo dos hijos y a mí no viene nadie de fuera a tirarme de mi casa, de mi país y de mi trabajo.

Si admití un puesto de albañil para hacer chapuzas, remiendos, insignificancias, fue provisionalmente mientras encontraba algo en lo mío, porque lo que no podía era estar parado, eso no se lo puede permitir un hombre con familia, aunque le suceda a millones. Lo hice con la esperanza de regresar a la fontanería que es donde se gana dinero... Trabajé en muchos sitios y haciendo lo que me mandaban, y acabé rematando para un banco, una promoción de chalés en la sierra de Madrid donde me garantizaron el empleo por mucho tiempo. Para poder venderlos, primero había que acabarlos y la mayoría de las promoto-

ras habían abandonado o habían quebrado o habían desistido. Por ello un grupo fuimos rematando cosas sueltas. Compartía mis horas con inmigrantes, blancos, negros y cobrizos, con tipos de los más diversos caracteres, simpáticos y ariscos, buenos trabajadores y malos, activos y perezosos, pero con ninguno intimé. Cuando se acababa el día yo me iba a casa y ellos a donde fuera, porque no les preguntaba en qué madriguera se metían. Allá ellos. Lo que sí sé es que cada vez eran más, se les veía merodeando las obras públicas, los edificios en construcción, los campos de cultivo, los almacenes, a la búsqueda de un trabajo, desorientados por las calles, a la espera de saltar sobre una oportunidad, pero yo iba por delante y a mí no se me escapaba nada.

2

La triste historia del rumano

Petru Manescu

Solo con uno, con uno solo, llegué a tener algo parecido a la amistad. Se llamaba Petru Manescu y era rumano. El único motivo que le impulsaba a vivir era reunir dinero suficiente para traer a su familia que había dejado en Rumanía. Enviaba cada semana, con ritual puntualidad, el dinero a casa, pero no todo el que ganaba. Aparte de la obra, trabajaba en otras muchas cosas, todas eran buenas para él, no ponía reparos a nada, con tal de que pagaran por hacerlo. Siempre estaba trabajando, incluidos sábados y domingos en los que hacía tareas de limpieza en un *Burguer King*. No se gastaba ni un euro, si podía comer las sobras de los demás, eso era lo que comía, nos las pedía sin que le diera vergüenza, si podía ir a pie no tomaba un autobús, sus únicos vicios eran fumarse de vez en cuando, muy de vez en cuando, un cigarrillo *Carpati*, de aquellos gruesos y sin filtro, los más baratos de Rumanía, que le arrancaban toses que procedían de lo más profundo de sus pulmones y, algún festivo, comprarse un emparedado que le traían de la Pastelería Transilvania de Castellón. Soñaba con que un día tendría un piso en un edificio moderno, en el que cada tarde le esperaría su mujer y sus hijos para compensarle por tanto sacrificio. Mi actual sentido de la familia se lo debo, en una parte, a él. Me llegó a anunciar cuándo vendría su familia y estaba enloquecido de alegría, era una pasada, había buscado una planta baja en la que empezarían su vida española. Se hizo con electrodomésti-

cos de segunda mano, porque no sé si he dicho que era muy habilidoso, y cualquier cosa que cayera en sus manos él la hacía funcionar. Había hecho amistad con el vigilante de un bioparque que le daba permiso para que husmeara entre los miles de desechos y cogiera lo que quisiera en ese gran basurero de lavadoras viejas, microondas reventados, televisores con la pantalla explotada, neveras muertas para el servicio, planchas inútiles, y restos de la sociedad de consumo y con un poco de este y otro poco de aquel, conseguía que todo funcionase de nuevo. Yo le llamaba Petro Frankenstein y él se reía como lo haría un niño pillado en una travesura.

Un día las cosas se torcieron y tuvo que cambiar de planes. Su hermano Mitrita, que como él vivía en Targorista, al norte de Bucarest, les dijo que quería venirse a España, y para ello había reunido dinero, vendido lo poco que tenía, pedido prestado y se disponía a viajar con la promesa de un trabajo en Castellón, que le iban a conseguir otros rumanos, porque Castellón de la Plana es la provincia donde hay más rumanos de toda España. Lo sé muy bien porque estuve trabajando allí casi un año y te cagas de la cantidad de rumanos que van de un lado a otro con su curro, sus zapatillas de sandalia y se parecen a los gitanos. En Castellón hay más de treinta asociaciones federadas en el Centro Cívico Rumano y en la Agrupación de Inmigrantes de Países del Este. Su política es organizarse, ellos mismos, sin reivindicaciones ni quejas. Hay 45.000 rumanos en la provincia, de los cuales mucho más de 30.000 viven en la capital y su número sigue creciendo, lo que quiere decir que al entrar Rumanía en la Unión Europea y tener derecho al voto, tres o más concejales de la ciudad están en sus manos y eso hace que los dejen tranquilos y la poli no se meta a menos que sea imprescindible.

Esta avalancha comenzó cuando se desmanteló la industria pesada de Dambovita. Como consecuencia diez mil obreros fueron despedidos y tuvieron que emigrar por

pura subsistencia. Un centenar, a base de sobornos y pille-rías, logró visados españoles y se fue a Castellón, se asentó allí y empezó a llamar al resto hasta crecer tanto que constituyen una Rumanía dentro de Castellón, una ciudad dentro de la ciudad, según el modelo de la Praga checo-germana-judía.

Mitrita se vino con su mujer, Isabella, y su hija. Al llegar descubrió, como tantos, que lo de que encontraría trabajo enseguida no era verdad, aquí la crisis que empezaba a asomar sus orejas por detrás de las matas del consumo, estaba reventándolo todo y además se habían reproducido los modelos mafiosos de allá. Al poco tiempo se comieron el dinero que trajo y empezó a no poder pagar las deudas dejadas en Targorista, por lo que recurrió a Petru para que le sacara del apuro. Era imposible no ayudarlo. Petru le dio parte de lo que tenía, lo que obligó a retrasar la llegada de su mujer, «será cosa de unos meses» y así su hermano Mitrita, su mujer y su hija pasaron a ser responsabilidad de Petru. Desde entonces le noté agobiado y tenía motivos. Para alguien que se tomaba las cosas como se las tomaba Petru, la carga de su hermano podía llegar a ser algo insoportable.

Petru y yo trabajamos juntos mucho tiempo. Formamos algo parecido a una pareja y nos fue bien, nos entendíamos, nos comprendíamos. Petru volvió a rehacer su pequeña cuenta en el banco que hizo crecer con astutas inversiones. Tenía la idea de que el dinero había que administrarlo bien, hacer ingenierías para multiplicarlo, moverlo en bancos españoles que le daban garantías y rentabilidad. Era un tipo extraordinario, que de haber tenido más estudios o una mejor educación, podría haber llegado a puestos altos en la vida. Conocerle a él, ver cómo se sacrificaba por su familia, por su hermano, por su cuñada, por todo el mundo, hizo que cambiara la mala opinión que tenía de los inmigrantes, la mala opinión que tenía de aquellos que me habían quitado trabajo, las oportunidades, las opciones de mejora y hasta la confianza de mis

jefes, estos tíos que se encontraron un mercado laboral que marchaba como un tiro, y lo convirtieron en un circo de tres pistas y en todas ellas bailaban ellos, lo que ratificaba mi convicción de que España estaba siendo invadida por un ejército que trabajaba en condiciones que ninguno de nosotros habríamos aceptado en caso alguno. Eran más fuertes que nosotros, porque sabían mejor qué era lo que querían y qué debían hacer para obtenerlo. Las democracias europeas no se pueden defender de unos tipos que además tienen una religión, la ortodoxa, que les reconforta en su desgracia. A nosotros tan solo nos queda la esperanza de desaparecer sin dolor, aplastados por la palabrería de tanto político estúpido que no ve más allá de lo que dice el catecismo de su partido. Estas cosas conducen a lo que pasó y está pasando en Francia con la extrema derecha, lo que pasó y está pasando en Holanda y en Dinamarca, en Italia y en Grecia, en todos los lugares que la inmigración está poniendo patas arriba. Luego dirán que somos racistas y xenófobos, lo dirán quienes tienen el sueldo fijo pagado por todos nosotros y aun así hacen trampas para ganar más.